

Cultura y socialismo
León Trotsky
3 de febrero de 1926

(Versión al castellano desde “[Culture et Socialisme](#)”, en [Marxistes – Léon Trotsky \(MIA\)](#)).

Discurso, publicado en *Noviy Mir* volumen 1, 1 de enero de 1927, luego publicado en el volumen 21 de la obra de Trotsky en ruso *Los problemas de la cultura. La cultura del periodo de transición*. El presente artículo es una recopilación del discurso pronunciado en el club Plaza Roja el 3 de febrero de 1926 “Sobre la cultura”.)

1.- La técnica y la cultura.....	1
2.- La herencia de la cultura espiritual.....	4
3.- Las contradicciones en nuestra cultura	7
<i>La ciudad y la aldea</i>	7
<i>El principio de la “cadena de producción” en la economía socialista</i>	11
<i>La revolución cultural</i>	13
<i>La cultura de la moral</i>	14

1.- La técnica y la cultura

En primer lugar, recordemos que la cultura significaba lo cultivado, el campo arado, a diferencia de la selva virgen, la tierra virgen. La cultura se opone a la naturaleza, es decir, a lo que se adquiere con el esfuerzo humano, frente a los frutos naturales de la tierra. Esta oposición (desde su origen) sigue siendo válida.

La cultura representa todo lo que ha sido creado, construido, estudiado, obtenido por el hombre a lo largo de su historia, en contraposición a lo que la naturaleza le ha ofrecido, incluyendo la historia natural del hombre como especie animal. La ciencia que estudia al hombre como producto de la evolución animal se llama antropología. Pero en ese mismo momento en que el hombre se separó del reino animal (fue aproximadamente cuando tomó por primera vez las primitivas herramientas de piedra y palo en sus manos y armó los órganos de su cuerpo), comenzó la creación y acumulación de la cultura, es decir, todos los aspectos del conocimiento y la habilidad en el trabajo de luchar contra la naturaleza y conquistarla.

Cuando hablamos de cultura, acumulada por las generaciones pasadas, pensamos ante todo en sus logros materiales, en forma de instrumentos, máquinas, edificios, monumentos, etc. ¿Esto es cultura? Es sin duda la cultura, sus representaciones materiales, la cultura material. Crea (sobre la base que ofrece la naturaleza) la estructura fundamental de nuestra vida, nuestra vida cotidiana, nuestro trabajo. Pero lo más valioso de la cultura es su legado en la conciencia del hombre: nuestros métodos, hábitos, habilidades y destrezas adquiridos, que, sumados a la cultura material ya existente y construyendo sobre ella, la perfeccionan. Por lo tanto, nosotros, camaradas, consideramos que esto está firmemente establecido: la cultura mejora la lucha del hombre contra la naturaleza, por su existencia, por la mejora de las condiciones de vida, por el aumento de su poder. Pero a partir de esta misma base las clases evolucionan. En el proceso de

adaptación a la naturaleza, en la lucha contra sus fuerzas hostiles, la sociedad humana se transforma en una compleja organización de clases. De por sí, la estructura de clases de la sociedad define el grado decisivo del contenido y la forma de la historia humana, es decir, de sus relaciones materiales y reverberaciones ideológicas. En última instancia, esto significa que la cultura histórica tiene un carácter de clase.

Las sociedades esclavistas, feudales y burguesas generaron cada una de ellas una cultura diferente, correspondiente a sus distintos niveles, así como una multitud de formas transitorias. La sociedad histórica ha sido la organización de la explotación del hombre por el hombre. La cultura ha estado al servicio de la organización de clases de la sociedad, la sociedad de la explotación genera la cultura de la explotación. Pero, ¿significa esto que nos oponemos a toda la cultura del pasado?

Aquí, de hecho, radica una profunda contradicción. Todo lo que ha sido adquirido, creado, construido por el esfuerzo humano y que sirve para aumentar el poder humano, es cultura. Pero como la cuestión no se refiere al hombre individual, sino al hombre social; como la cultura es el fenómeno socio-histórico en su propia esencia; como la sociedad histórica ha sido y sigue siendo la sociedad de clases, la cultura se descubre como el principal instrumento de opresión de clase. Marx decía: “Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época.” Esto se refiere a la cultura en general. Y en efecto, decimos a la clase obrera: asimilad toda la cultura del pasado, de lo contrario no construiréis el socialismo. ¿Cómo se entiende esto?

Muchas personas tropiezan con esta contradicción, y tropiezan con tanta frecuencia porque abordan la noción de sociedad de clases de manera superficial y medio idealista, olvidando que fundamentalmente se trata de la organización de la producción. Toda sociedad de clases se ha construido a partir de los medios definidos por la lucha contra la naturaleza, y estos medios han evolucionado con el desarrollo de la tecnología. ¿Cuál es la base de sus fundamentos: la organización de clase de la sociedad o las fuerzas productivas? Sin duda, las fuerzas productivas. De hecho, es precisamente en esta última donde, en un determinado nivel de su desarrollo, se forman y reconstruyen las clases. En las fuerzas productivas se expresa materialmente la capacidad económica del hombre, su saber hacer histórico para asegurar su existencia. Sobre esta base dinámica crecen las clases, que a través de sus relaciones determinan el carácter de la cultura.

Y, sobre todo, debemos preguntarnos si la técnica es sólo un instrumento de opresión de clase. Basta con hacer la pregunta, para responder inmediatamente: no, la tecnología es principalmente la conquista de la humanidad; aunque sirve hasta ahora como instrumento de explotación, pero al mismo tiempo es la principal condición para la liberación de los explotados. La máquina estrangula al esclavo asalariado. Pero éste sólo puede liberarse con la máquina. Esta es la esencia de toda la cuestión.

Si no olvidamos que el motor del proceso histórico es el crecimiento de las fuerzas productivas, que libera al hombre de su sujeción a las fuerzas de la naturaleza, comprenderemos que es necesario que el proletariado asimile la suma total de los conocimientos y habilidades elaborados por la humanidad en el curso de su historia, para elevarse, al mismo tiempo que se compromete a la reconstrucción de la vida según los principios de la solidaridad.

¿Es “la cultura la que hace progresar a la técnica o la técnica la que hace progresar a la cultura”? (dice una de las preguntas que se me plantean). Esta formulación de la pregunta es incorrecta. La tecnología no puede oponerse a la cultura, porque es su principal motor. Sin tecnología no hay cultura. El crecimiento de la tecnología impulsa la cultura. Pero la ciencia y la cultura general, que han surgido sobre la base de la tecnología, proporcionan una poderosa ayuda al crecimiento de la misma. Aquí tenemos una interacción dialéctica.

Camaradas, si queréis un ejemplo sencillo pero expresivo de la contradicción que encierra la propia técnica, no encontraréis ninguno mejor que el del ferrocarril. Si echáis un vistazo a los trenes de pasajeros europeos, veréis que hay vagones para “diferentes clases”. Estas clases nos recuerdan a las clases de la sociedad capitalista. La primera clase (para las clases altas privilegiadas), la segunda (para la clase media), la tercera (para la pequeña burguesía) y la cuarta (para el proletariado), que no sin razón se llamaba el cuarto estado. En sí mismo, el ferrocarril representa una colosal conquista técnica y cultural de la humanidad, que en el transcurso de un solo siglo ha transformado enormemente la faz de la tierra. Pero la estructura de clases de la sociedad también influye en la estructura de los medios de comunicación. Y nuestros ferrocarriles soviéticos aún están lejos de la igualdad. Y no sólo porque utilicen coches heredados del pasado, sino porque la Nep sólo prepara el camino para la igualdad, pero no la consigue.

Antes del ferrocarril, la civilización se concentraba en las orillas de los mares y los grandes ríos. El ferrocarril introdujo a continentes enteros en la cultura capitalista. Una de las principales razones, si no la principal, del atraso y el abandono del pueblo ruso es la falta de ferrocarriles y carreteras de acceso. En este sentido, la mayoría de nuestros pueblos se encuentran en condiciones precapitalistas. Es necesario que superemos a nuestro gran aliado, que es también nuestro mayor oponente: el espacio. La economía socialista es la economía planificada. El plan presupone sobre todo la comunicación. Los medios de comunicación más importantes son las carreteras y los ferrocarriles. Todo nuevo ferrocarril es un camino hacia la cultura, pero en nuestras condiciones también es un camino hacia el socialismo. Además, con la mejora de la técnica de comunicación y el bienestar del país, el aspecto social de nuestros trenes cambiará: la división en “clases” desaparecerá, todos irán en vagones mullidos... Eso, claro, si llega el momento en que la gente siga viajando en tren y no prefiera el uso de los aviones, que serán accesibles para todos.

Tomemos otro ejemplo: los instrumentos del militarismo, los medios de destrucción. En este ámbito, la naturaleza de clase de la sociedad se expresa de manera particularmente vívida y repulsiva. Pero no hay sustancia destructiva (explosiva o tóxica) que se descubra que no sea en sí misma un valioso descubrimiento tecnológico. Las sustancias explosivas y tóxicas también se utilizan para crear, no sólo con fines destructivos, y abren nuevas posibilidades en el campo del descubrimiento y la invención.

El proletariado puede tomar el poder del estado, sólo habiendo roto el viejo aparato del estado de clase. Hemos hecho este trabajo con más decisión que nadie en el mundo. Sin embargo, ya en la construcción del nuevo aparato estatal, hemos descubierto que será necesario utilizar, en cierta medida, elementos del antiguo. La ulterior reorganización socialista de la máquina estatal está indisolublemente ligada al trabajo político, económico y cultural en general.

La tecnología no debe ser destruida. El proletariado ha tomado posesión de las fábricas, equipadas por la burguesía, en el estado en que las encontró la revolución. Los viejos equipos nos siguen sirviendo hasta hoy. Este hecho nos muestra de forma más concreta y directa que no debemos renunciar a la “herencia”. ¿Cómo podría ser de otra manera? En efecto, la revolución se hizo, sobre todo, para apoderarse de la “herencia”. Sin embargo, la vieja técnica, tal y como la hemos tomado, es completamente inadecuada para el socialismo. Es una cristalización de la anarquía de la economía capitalista. La competencia entre las diferentes empresas, la búsqueda del beneficio, el desarrollo desigual de las diferentes ramas, el atraso de ciertas regiones, la fragmentación de la agricultura, el saqueo de la mano de obra, todo esto encuentra su expresión técnica en el hierro y el cobre. Pero si es posible destruir la herramienta de la opresión de clase mediante un levantamiento revolucionario, sólo gradualmente es posible reconstruir la

herramienta industrial de la anarquía capitalista. La finalización del período de restauración (sobre la base del antiguo equipamiento) sólo nos lleva al umbral de esta ambiciosa tarea. Debemos resolverlo a toda costa.

2.- La herencia de la cultura espiritual

La cultura espiritual es tan contradictoria como la cultura material. Es como si, viniendo de los arsenales y tiendas de la cultura material, no pusiéramos en circulación el arco y la flecha, las herramientas de piedra o los utensilios de la Edad de Bronce, sino que tomáramos las mejores herramientas disponibles y la tecnología más avanzada, para acercarnos lo más posible a la cultura.

El elemento fundamental de la cultura de la antigua sociedad era la religión. Tenía una importancia primordial como forma de conocimiento y unidad humana; pero en esta forma se expresaba sobre todo la debilidad de todo hombre frente a la naturaleza y su impotencia dentro de la propia sociedad. Rechazamos totalmente la religión y todos sus sucedáneos.

No se puede decir lo mismo de la filosofía. De la filosofía creada por la sociedad de clases debemos asimilar dos de sus elementos inestimables: el materialismo y la dialéctica. De la combinación orgánica del materialismo y la dialéctica nació el método de Marx, su sistema. Este método es la base del leninismo.

Luego, si pasamos a la ciencia en el sentido estricto del término, vemos claramente que se trata de una inmensa reserva de conocimientos y saberes acumulados por la humanidad a lo largo de su existencia. De hecho, puede decirse que, en la ciencia, cuyo objetivo es el conocimiento de la realidad, hay muchas adiciones de clase. ¡Esta es toda la verdad! Al igual que los ferrocarriles reflejan la posición privilegiada de algunos y la privación de otros, esto es aún más cierto en el caso de la ciencia, que es mucho más flexible que el metal y la madera con los que se construyen los vagones. Pero hay que reconocer que el trabajo científico original estaba alimentado por la necesidad de conocer la naturaleza, para asimilar sus fuerzas. Aunque los intereses de clase han introducido y siguen introduciendo tendencias falsas en las ciencias naturales, el proceso de falsificación, sin embargo, se restringe tras los límites en los que empieza a impedir directamente el progreso de la tecnología. Si se examinan las ciencias naturales de abajo arriba, partiendo del campo de la acumulación de hechos elementales hasta las generalizaciones más elevadas y complejas, se verá que la parte más empírica de la investigación es la que está más cerca de la materia, de los hechos, produciendo los resultados más inequívocos. Cuanto más amplio es el campo de la generalización, cuanto más se acercan las ciencias naturales a las cuestiones filosóficas, más cae bajo la influencia de la inspiración de clase.

Más confuso y peor es el caso de las ciencias sociales y las llamadas “humanidades”. Y ciertamente, aquí, lo que constituye la base es el deseo de conocer lo que existe. Gracias a esto hemos tenido, por cierto, la brillante escuela de economistas clásicos burgueses. Pero el interés de clase, que en las ciencias sociales afecta de forma mucho más directa e imperativa que en las ciencias naturales, pronto manifestó el deseo de detener el desarrollo del pensamiento económico en la sociedad burguesa. En este campo, sin embargo, los comunistas estamos mucho mejor armados que cualquier otro. Despertados por la lucha de clases del proletariado, los teóricos socialistas, apoyándose en la ciencia burguesa y criticándola, han creado, en la doctrina de Marx y Engels, el poderoso método del materialismo histórico y su inigualable aplicación en *El Capital*. Esto no significa, por supuesto, que estemos asegurados contra la influencia de las ideas burguesas en los campos de la economía y la sociología en general. No, las tendencias

más vulgares de los socialistas de púlpito y de los pequeños burgueses populistas¹ surgen a cada paso en nuestro uso de los viejos “tesoros” del conocimiento, encontrando un entorno favorable para ellos en las relaciones informales y contradictorias de la época de transición. Pero en este campo tenemos el criterio insustituible del marxismo, validado y enriquecido por la obra de Lenin. Y combatiremos con tanto más éxito a los economistas y sociólogos más vulgares, cuanto menos nos limitemos a la experiencia del día, y más ampliamente abarquemos el desarrollo mundial en su conjunto, distinguiendo claramente sus tendencias fundamentales de sus cambios cíclicos.

En materia de derecho, moral e ideología en general, la situación de la ciencia burguesa es mucho más lamentable, si cabe, que en el campo de la economía. Si es posible encontrar una auténtica perla del conocimiento en estos campos, es sólo por haber cribado entre decenas de montones de estiércol profesoral.

La dialéctica y el materialismo constituyen los elementos principales del conocimiento marxista del mundo. Pero esto no significa en absoluto que puedan aplicarse a cualquier campo del conocimiento como una caldera. La dialéctica no puede imponerse a los hechos, debe extraerse de los hechos, de su naturaleza y de su desarrollo. Sólo un cuidadoso trabajo sobre un nuevo material dio a Marx la posibilidad de construir un sistema dialéctico de la economía que permitiera comprender un valor como el trabajo socializado. Los trabajos históricos marxistas también se construyeron de la misma manera, al igual que los artículos de prensa. La aplicación de la dialéctica materialista a los nuevos campos del conocimiento sólo puede ser posible a condición de asimilarlos desde dentro. La limpieza de la ciencia burguesa presupone la asimilación de la ciencia burguesa. Ni con críticas incoherentes ni con mandatos sin objetivo conseguiréis nada. El estudio y la aplicación van de la mano del tratamiento crítico. Tenemos el método en casa, pero hay suficiente trabajo para varias generaciones.

La crítica marxista de la ciencia debe ser no sólo vigilante, sino también cuidadosa, pues de lo contrario podría degenerar en un verdadero servilismo, en una famusovchina². Tomemos como ejemplo la psicología. El estudio de Pavlov sobre los reflejos se sitúa totalmente en el camino del materialismo dialéctico. Derriba definitivamente el muro que existía entre la fisiología y la psicología. El reflejo más sencillo es el fisiológico, pero el sistema de reflejos dará lugar a la “conciencia”. La acumulación de la cantidad fisiológica da una nueva calidad, la calidad “psicológica”. El método de la escuela de Pavlov es experimental y meticuloso. La generalización se logra paso a paso desde la saliva del perro hasta la poesía (es decir, hasta su mecánica psíquica, no su contenido social), aunque los caminos hacia la poesía no estén todavía a la vista.

La escuela del psicoanalista vienés Freud aborda la cuestión de manera diferente. Parte, en primer lugar, de la consideración de que las fuerzas motrices de los procesos psíquicos más complejos y delicados resultan ser necesidades fisiológicas. En este sentido general, esta escuela es materialista, si dejamos de lado la cuestión de si no da demasiada importancia al factor sexual en detrimento de otros factores (pero esto ya es un debate que forma parte del materialismo). Sin embargo, el psicoanalista no aborda el problema de la conciencia de forma experimental, desde los fenómenos primarios a los más elevados, desde el reflejo simple al más complejo; se esfuerza por saltar todos los

¹ *Narodnik*, aquí Trotsky se refiere a la escuela de pensamiento “populista” y anticientífica, dispuesta a idealizar al campesinado, que los marxistas destronarían más tarde de su influencia dominante en el movimiento revolucionario ruso a finales del siglo XIX.

² Famusov, personaje de la obra de Griboedov *La desgracia de tener demasiado ingenio*, un pedante oficial superior pequeño burgués, lleno de sus pseudoconocimientos. Su único interés es vivir en línea; aborrece todo lo que pueda ofender a la autoridad y perturbar su cómoda situación. Trotsky apuntará aquí a los que así desestiman el trabajo de Freud y sus continuadores, barriéndolo de manera indiscriminada y anticientífica, por sus méritos, y esto porque saben que no es favorecido por el partido.

peldaños intermedios, de arriba abajo, desde el mito religioso, la poesía lírica o el sueño, directamente a las bases fisiológicas del alma.

Los idealistas enseñan que el alma es autónoma, que el “pensamiento” es un pozo sin fondo. Pavlov y Freud, en cambio, consideran que el fondo del “pensamiento” está constituido por la fisiología. Pero mientras Pavlov, como un buceador, desciende al fondo y explora el pozo de abajo hacia arriba, Freud se sitúa por encima del pozo y con su mirada penetrante trata de discernir o adivinar la configuración del fondo a través de la siempre cambiante masa de agua turbia. El método de Pavlov es la experimentación. El método de Freud es una conjetura, a veces fantástica. El intento de declarar el psicoanálisis “incompatible” con el marxismo y de dar la espalda sin miramientos al freudismo es demasiado simplista, o más bien demasiado “simple”. En ningún caso estamos obligados a adoptar el freudismo. Se trata de una hipótesis de trabajo que puede conducir, y de hecho lo hace, a hipótesis y conclusiones que están en consonancia con la psicología materialista. La vía experimental aporta, en su momento, la prueba. Pero no tenemos ni razón ni derecho a levantar una prohibición sobre otro camino, aunque sea menos seguro, que se esfuerza en anticipar conclusiones a las que el camino experimental sólo conduce mucho más lentamente.³

Con la ayuda de estos ejemplos, pretendía mostrar, al menos parcialmente, tanto la diversidad del patrimonio científico como la complejidad de las vías por las que puede pasar el proletariado para apoderarse de él. Si es cierto que en la construcción económica los problemas no pueden resolverse por decreto y que hay que “aprender a comerciar”, también en las ciencias las órdenes puras y simples no pueden producir más que daño y deshonor. En este campo debemos “aprender a aprender”.

El arte es una de las formas de orientación del hombre en el mundo, y en este sentido la herencia del arte no es diferente de la herencia de la ciencia y la tecnología, y no es menos contradictoria que éstas. Sin embargo, a diferencia de la ciencia, el arte es una forma de conocimiento del mundo, no como un sistema de leyes, sino como una agrupación de imágenes y al mismo tiempo el medio de inspiración de ciertos sentimientos y estados de ánimo. El arte de los últimos siglos ha hecho al hombre más complejo y flexible, ha elevado su mentalidad a un grado superior, lo ha enriquecido en todos los aspectos. Este enriquecimiento es una conquista cultural inestimable. La asimilación del arte del pasado es, por tanto, el requisito previo no sólo para la creación del nuevo arte, sino también para la construcción de la nueva sociedad, ya que el comunismo requiere que la gente tenga una mente muy desarrollada. Pero, ¿es el arte del pasado capaz de enriquecernos con un conocimiento artístico del mundo? Es capaz de hacerlo, precisamente porque es capaz de alimentar nuestros sentimientos y elevarlos. Si abjuráramos del arte del pasado sin razón, nos empobreceríamos espiritualmente en la misma medida.

Aquí y allá, vemos una tendencia a plantear la idea de que el arte sólo está destinado a inspirar ciertos estados de ánimo, pero no el conocimiento de la realidad. De ahí la conclusión: ¿con qué tipo de sentimientos puede contaminarnos el arte noble o burgués? Esto es un error desde el principio. El significado del arte como medio de conocimiento (también para las masas populares, y especialmente para ellas) no es menor que su significado “sensual”. Así, el canto épico, la fábula, la canción, el proverbio y la copla popular aportan conocimientos figurativos, iluminan el pasado, generalizan la experiencia, amplían el horizonte, y sólo por ello son capaces de “guiar”. Esto se aplica en general a toda la literatura, no sólo a la poesía épica, sino también a la lírica. Se aplica

³ Por supuesto, esta cuestión no tiene nada que ver con la moda de cierto freudismo que no es más que picardía y cortesía erótica. Ese picor de lengua no tiene nada que ver con la ciencia y sólo indica un estado de depresión: el centro de gravedad se desplaza del cerebro a la médula espinal... (L. Trotsky)

a la pintura y a la escultura. Excepto, sólo en cierto sentido, por la música, cuya acción es poderosa, pero unilateral. Ciertamente, se basa en el conocimiento original de la naturaleza, sus sonidos y ritmos. Pero aquí el conocimiento está tan escondido bajo un celemín, los resultados de la inspiración de la naturaleza son tan refractados por los nervios del hombre, que la música actúa como una “revelación” independiente⁴. Los intentos de aproximar todos los aspectos del arte musical como el arte de la “contaminación” se han hecho muchas veces y en todo momento para depreciar el papel de la inteligencia en el arte a favor de la sensualidad sin forma y en este sentido fueron y siguen siendo reaccionarios. Lo peor de todo, por supuesto, son esas obras de “arte” que no ofrecen ni el conocimiento figurativo ni la “contaminación” del arte, sino que hacen reclamos exorbitantes. Y muchos de ellas están impresas aquí, y por desgracia no en los cuadernos de los alumnos de los talleres de escritura, sino en miles de ejemplares.

La cultura es un fenómeno social. Por eso la lengua, como órgano de relaciones recíprocas entre las personas, es su instrumento más importante. La cultura del lenguaje es la condición más importante para el crecimiento de todas las áreas de la cultura, especialmente las ciencias y las artes. Al igual que la tecnología no se conforma con los viejos aparatos de medida, sino que crea otros nuevos: micrómetros, voltímetros, etc., obteniendo y alcanzando cada vez mayor precisión, lo mismo ocurre en el ámbito del lenguaje, el saber elegir los términos adecuados y combinarlos de forma adecuada y sistemática, es necesario un trabajo minucioso para conseguir el mayor grado de precisión, claridad, relieve. La base de este trabajo debe ser la lucha contra el analfabetismo, la falta de educación. La siguiente etapa de este trabajo es el dominio de la literatura clásica rusa.

Sí, la cultura era el principal instrumento de opresión de clase. Pero puede llegar a ser también, y solamente ella, el instrumento de la liberación socialista.

3.- Las contradicciones en nuestra cultura

La ciudad y la aldea

La peculiaridad de nuestra situación consiste en que nosotros (en la confluencia del capitalista occidental y del campesino-colono oriental) hemos hecho por primera vez una revolución socialista. El régimen de dictadura proletaria se estableció por primera vez en un país con una inmensa herencia de atraso y barbarie, de modo que en nuestro país siglos de historia separan a unos cuantos nómadas en Siberia de un proletario en Moscú o Leningrado.

Nuestras formas sociales son de transición hacia el socialismo, y por tanto superiores a las formas capitalistas. En este sentido, tenemos derecho a considerar a nuestro país como el más avanzado del mundo. Pero la tecnología, que es la base de la cultura material y de toda otra cultura, está extraordinariamente atrasada en nuestro país en comparación con los países capitalistas avanzados. Esta es la principal contradicción de nuestra realidad actual. La tarea histórica que se deriva de esto es la elevación de nuestra tecnología al nivel de nuestra formación social. Si no lo conseguimos, nuestro orden social se hundirá inevitablemente al nivel de nuestro atraso técnico. Sí, para comprender todo el significado del progreso técnico para nosotros, debemos decirnos con franqueza: si no logramos completar nuestro edificio soviético en construcción con la técnica industrial adecuada, eliminaremos la posibilidad de la transición al socialismo y volveremos al capitalismo (sí, ¿y cuál?) medio servil, medio colonial. La lucha por la

⁴ Aquí Trotsky se refiere a las ideas de Tolstoi sobre el arte y el renacimiento, retomadas por Bujarin en su libro *El materialismo histórico* [también editado posteriormente como *Teoría del materialismo histórico*].

tecnología es para nosotros la lucha por el socialismo, que está indisolublemente ligada en su totalidad al futuro de nuestra cultura.

He aquí un ejemplo reciente de nuestras contradicciones culturales. Hace unos días salió un artículo en los periódicos sobre que nuestra biblioteca pública de Leningrado había alcanzado el primer puesto en número de volúmenes: ¡en ella hay ahora 4.250.000 libros! Nuestro primer sentimiento es un natural orgullo soviético: ¡nuestra biblioteca es la primera del mundo! ¿A qué se debe este resultado? Al hecho de que las bibliotecas privadas fueron expropiadas. Mediante la nacionalización de la propiedad privada hemos creado la institución cultural más rica, accesible a todos. De este simple hecho se desprenden sin duda las grandes ventajas de la construcción soviética. Al mismo tiempo, nuestro atraso cultural se manifiesta en el hecho de que tenemos un porcentaje de analfabetos mayor que cualquier otro país europeo. La biblioteca es la mayor del mundo, pero todavía sólo una minoría de la población lee libros. Y así es como se hace casi todo. La industria nacionalizada, con proyectos fantásticos, gigantescos y lejanos para el Dnieprostói [presa en el Dniéper], el canal Volga-Don, etc., mientras los campesinos hacen su harina con cadenas y rodillos. Nuestra legislación matrimonial está impregnada del espíritu socialista, pero en la vida familiar la violencia física sigue ocupando un lugar considerable. Estas contradicciones surgen de toda la estructura de nuestra cultura, en el punto de encuentro de occidente y oriente.

En la raíz de nuestro atraso está el monstruoso predominio de la aldea sobre la ciudad, de la agricultura sobre la industria; además de los instrumentos, en la aldea predominan los medios de producción más atrasados. Cuando se habla de la servidumbre histórica se piensa sobre todo en las relaciones entre los diferentes estados sociales, en el servilismo del campesino hacia el terrateniente y el funcionario del zar. Pero, camaradas, la servidumbre tiene por debajo una base más profunda: la esclavitud del hombre a la tierra, la completa dependencia del campesino de los elementos. ¿Has leído a Gleb Uspensky?⁵ Me temo que la generación más joven no lo lee. Al menos deberían reeditarse sus mejores obras, entre las que hay algunas excelentes. Uspensky era un narodnik. Su programa político era totalmente utópico. Pero Uspensky representó la aldea (no sólo es un excelente artista, sino también un notable realista). Logró comprender la vida cotidiana del campesino y su mentalidad, como fenómenos derivados, desarrollados a partir de la base económica y enteramente definidos por ella. Consiguió entender la base económica del pueblo como una dependencia servil del campesino del proceso de trabajo de la tierra y en general de las fuerzas de la naturaleza. Es absolutamente necesario leer al menos *El poder de la tierra*. En la obra de Uspensky, la intuición artística sustituye al método marxista y, en muchos aspectos, el resultado puede rivalizar con él. Por eso el artista Uspensky estaba constantemente en conflicto mortal con el narodnik Uspensky. Todavía

⁵ Gleb Uspensky (1840-1902). Novelista ruso de la vida campesina en los años 1870-80. Cf. este extracto del artículo de Trotsky: “León Tolstói”: “No tenía necesidad de situarse como defensor de la servidumbre para estar con toda su alma a favor del retorno a aquellas condiciones sociales en las que él veía la sabia sencillez y encontraba la perfección artística. Allí, la vida se reproduce de generación en generación, de siglo en siglo, en una constante inmutabilidad, bajo el reino todopoderoso de la santa necesidad. En esas condiciones, todos los actos de la vida están determinados por el sol, la lluvia, el viento, el crecimiento de la lluvia. En ese orden de cosas no hay lugar para la razón o la voluntad personal y, por consiguiente, tampoco para la responsabilidad personal. Todo está regulado, justificado, santificado de antemano. Sin ninguna responsabilidad ni voluntad propias, el hombre vive sencillamente en la obediencia, dice el notable poeta del *Poder de la tierra*, Gleb Uspensky, y es precisamente esta obediencia constante, transformada en esfuerzos constantes, la que constituye toda la vida, la que, aparentemente, no conduce a resultado alguno, pero que sin embargo contiene en sí misma su resultado... Y (¡oh, milagro!) esta dependencia servil, sin reflexiones y sin opciones, sin errores y, por consiguiente, sin remordimientos, es precisamente la que crea la “facilidad” moral de la existencia bajo la dura tutela de la “espiga de centeno”. (“León Tolstói”, en esta [misma serie](#) de nuestras EIS, página 2 del formato pdf)

ahora debemos aprender del artista, si queremos entender los poderosos vestigios de la servidumbre en la vida campesina y sobre todo familiar, que resurgen con bastante frecuencia en la vida cotidiana urbana: basta con escuchar incluso algunas de las notas de la discusión que tiene lugar ahora sobre las cuestiones de legislación matrimonial.

El capitalismo en todas las partes del mundo ha elevado a un grado extremo la contradicción entre la industria y la agricultura, la ciudad y la aldea. En nuestro caso, debido a la etapa tardía de nuestro desarrollo histórico, esta contradicción tiene un carácter bastante monstruoso. Al fin y al cabo, nuestra industria comenzó esforzándose por imitar los modelos de Europa occidental y Norteamérica, mientras que nuestro pueblo se quedó en el siglo XVIII e incluso antes. El propio capitalismo en Norteamérica es obviamente incapaz de elevar la economía agrícola al nivel de la industria. Esta tarea corresponde enteramente al socialismo. En nuestras condiciones, con el enorme predominio de la aldea sobre la ciudad, la industrialización de la agricultura es la parte más importante de la construcción socialista.

Con la industrialización de la agricultura nos referimos a dos procesos que sólo en su combinación pueden borrar definitivamente la frontera entre la ciudad y la aldea. Sobre esta cuestión, que es la más importante para nosotros, nos detendremos un momento.

La industrialización de la agricultura implica, en primer lugar, la separación de la economía doméstica rural de toda una serie de ramas de transformación previa de materias primas industriales y alimentarias. De hecho, en general, toda la industria ha surgido de la aldea a través de los oficios de la industria artesanal, a través del desprendimiento de ramas particulares del sistema cerrado de la economía doméstica mediante la especialización, la creación del aprendizaje y la técnica y, posteriormente, la producción a máquina. Nuestra industrialización soviética deberá seguir en gran medida este camino, es decir, el de la socialización de toda una serie de producciones que vinculan la agricultura, en el sentido estricto del término, con la industria. El ejemplo de Estados Unidos demuestra que aquí se abren posibilidades ilimitadas.

Pero no hemos terminado con esta cuestión. La eliminación de las contradicciones entre la agricultura y la industria presupone la industrialización de las explotaciones agrícolas, la ganadería, la horticultura, etc. Esto significa que las ramas de la actividad industrial deben construirse sobre la base de la tecnología científica: el uso adecuado y a gran escala de la maquinaria, el uso de tractores y electricidad, una buena rotación de cultivos, un laboratorio para el control de los métodos y resultados, una buena organización de toda la producción con un uso más racional de la mano de obra, etc. Por supuesto, incluso una agricultura organizada diferirá de las industrias mecánicas. De hecho, dentro de la propia industria existen profundas distinciones entre sus diferentes ramas. Si en la actualidad tenemos derecho a oponer la agricultura a la industria en general, es porque la agricultura se realiza en unidades dispersas, con métodos primitivos y con una dependencia servil del productor de las condiciones naturales y de las condiciones extremadamente incivilizadas del campesino. No basta con socializar, es decir, transferir a las fábricas, determinadas ramas de la agricultura como la producción de mantequilla, queso, almidón y melaza, etc. Es necesario socializar toda la agricultura. Es necesario socializar la propia agricultura, es decir, sacarla de su actual fragmentación, y en lugar de raspar lastimosamente la tierra, montar "fábricas" de trigo y centeno, "fábricas" de vacas y ovejas, etc., científicamente organizadas. Que esto es posible lo demuestra la experiencia capitalista parcialmente disponible, especialmente la experiencia agrícola de Dinamarca, donde incluso las gallinas están sometidas a un plan y a una estandarización y ponen huevos, de acuerdo a voluntad del granjero, en cantidades inmensas, de tamaño y color idénticos.

La industrialización de la agricultura significa la eliminación de la actual contradicción fundamental entre la aldea y la ciudad y, en consecuencia, entre el campesino y el obrero: en función del papel de la economía del país, de sus condiciones de vida, de su nivel cultural, deben acercarse hasta tal punto que desaparezca el límite entre ellos. Una sociedad así, en la que la agricultura mecanizada formará parte por igual de la economía planificada, en la que la ciudad integrará las ventajas de la aldea (amplios espacios, zonas verdes), pero en la que la aldea se enriquecerá con las ventajas de la ciudad (calles pavimentadas, alumbrado eléctrico, tuberías de agua, desagües), es decir, en la que desaparecerá la oposición entre la ciudad y la aldea, en la que el campesino y el obrero se convertirán en cooperadores de igual valor e iguales derechos en la producción común; tal sociedad será la sociedad socialista original.

El camino hacia esta sociedad es largo y difícil. Los pasos más importantes en este camino son las centrales eléctricas. Llevarán la luz y el poder a la aldea: contra el poder de la tierra, ¡el poder de la electricidad!

Hace poco inauguramos la central eléctrica de Chatura, una de nuestras mejores instalaciones construidas sobre una turbera. De Moscú a Chatura sólo hay algo más de cien kilómetros. Parece que está a un tiro de piedra. Pero ¡qué diferentes son las condiciones! Moscú es la capital de la Internacional Comunista. Pero si nos alejamos unas decenas de kilómetros, nos encontraremos con naturaleza salvaje, nieve, pantanos helados y animales salvajes. Pueblos de cabañas de madera, dormitando bajo la nieve. Desde la ventanilla del vagón de tren a veces se pueden ver las huellas de los lobos. En el lugar donde ahora se encuentra la central eléctrica, hace unos años, cuando comenzaron las obras, vivían los alces. En la actualidad, la distancia entre Moscú y Chatura está marcada por la elegante estructura de pilones metálicos que soportan un cable de 115.000 voltios. Y de debajo de estos postes saldrán zorros y lobos con sus crías la próxima primavera. Lo mismo ocurre con toda nuestra cultura: contradicciones extremas, logros supremos de la tecnología y el pensamiento universal, por un lado, y las condiciones primitivas de la taiga, por otro.

Chatura vive en una ciénaga utilizada para el pastoreo. Realmente, todos los milagros creados por la imaginación infantil de la religión e incluso por la fantasía creativa de la poesía, palidecen ante este simple hecho: máquinas que ocupan un espacio minúsculo, devorando la marisma milenaria, transformándola en energía invisible y devolviéndola en líneas de alta tensión a la industria que creó y construyó estas mismas máquinas.

Chatura la bella. Creada por constructores tan dedicados como dotados. Su belleza no está expuesta, no es llamativa, sino que proviene de sus propiedades internas y de las necesidades de la técnica. El más alto y único criterio de la tecnología es ser apta para el propósito. La verificación de un funcionamiento adecuado la proporciona la economía. Pero esto presupone, antes que la más completa conformidad entre las partes y el todo, unos medios y un fin. Los criterios económicos y técnicos coinciden plenamente en lo estético. Se puede decir (y no será una paradoja) que Chatura es hermosa, porque el kilovatio-hora de su energía es más barato que el de otras centrales en condiciones similares.

Chatura se encuentra en un pantano. Hay muchos pantanos en la Unión Soviética, y muchos más que centrales eléctricas. Tenemos muchos otros tipos de combustible esperando a ser convertidos en energía. Más al sur, el Dniéper fluye a través de una región industrial más rica, gastando su fantástica fuerza en vano, saltando por encima de rápidos de edad inmemorial, y esperando que nosotros domemos su corriente con una presa y la obliguemos a iluminar, animar, enriquecer ciudades y campos. ¡Lo forzaremos!

En los Estados Unidos de América, el consumo per cápita al año es de 500 kilovatios-hora, mientras que en nuestro país es de sólo 20 kilovatios-hora, es decir, 25 veces menos. Tenemos 50 veces menos fuerza motriz, en general, por persona que en Estados Unidos. El sistema soviético en combinación con la tecnología norteamericana será el socialismo. Nuestra organización social dará a la tecnología norteamericana una aplicación completamente diferente, incomparablemente más racional. Pero la tecnología estadounidense también transformará nuestra organización, la liberará de la herencia del atraso, del atraso de la barbarie. De la combinación de la organización soviética y la tecnología estadounidense surgirá una nueva tecnología y una nueva cultura: tecnología y cultura para todo, sin hijos ni yernos favoritos.

El principio de la “cadena de producción” en la economía socialista

El principio de la economía socialista es la armonía, es decir, la continuidad basada en la coordinación interna. Técnicamente, este principio encuentra su máxima expresión en la cadena. ¿Qué es la cadena? Una banda animada infinita, que trae al trabajador o lleva de él todo lo necesario para el progreso de la obra. A estas alturas ya es bien sabido que Ford utiliza una combinación de cadenas como medio de transporte interno: la transmisión y la demanda. Pero la cadena es algo aún más importante: representa el método de regulación de la producción, ya que el trabajador debe armonizar imperativamente sus gestos con el movimiento de la cinta sin fin. El capitalismo se sirve de ello para conseguir una mayor y más perfeccionada explotación del trabajador. Pero ese uso está ligado al capitalismo, no a la cadena en sí. ¿De qué lado se dirige el desarrollo de los métodos de regulación del trabajo: del lado del trabajo a destajo o del lado de la cadena? El trabajo a destajo, como cualquier otro aspecto del control individual sobre el trabajo, es característico del capitalismo en sus primeras etapas de desarrollo. Asegura la máxima carga fisiológica individual de cada trabajador, pero no la coordinación de los esfuerzos de los distintos trabajadores. Ambas tareas son realizadas automáticamente por la cadena. La organización socialista de la economía debe aspirar a reducir la carga fisiológica individual del trabajador de acuerdo con el crecimiento de la capacidad técnica, salvaguardando al mismo tiempo la coordinación de los esfuerzos de los trabajadores individuales. Este es y será el sentido de la cadena socialista, a diferencia del capitalismo. En concreto, todo el problema consiste en regular el movimiento de la cinta con un número determinado de horas de trabajo o, por el contrario, en ajustar el tiempo de trabajo a una velocidad determinada de la cinta.

En el sistema capitalista, la cadena se aplica en el marco de una empresa concreta, como método de transporte interno. Pero el principio de la cadena en sí es mucho más amplio. Cada empresa particular recibe del exterior materias primas, combustible, consumibles y mano de obra adicional. Las relaciones entre las empresas individuales, por muy enormes que sean, están reguladas por las leyes del mercado, limitadas de hecho, en muchos casos, por todo tipo de acuerdos a largo plazo. Pero cada fábrica individual, y más aún la empresa en su conjunto, se preocupa de que las materias primas puedan ser entregadas a tiempo, sin ser almacenadas, pero también sin crear interrupciones en la producción, es decir, que sean entregadas según el principio de la cadena, en plena concordancia con el ritmo de producción. Para ello no es absolutamente necesario imaginar la cadena como una banda móvil infinita. Las formas que puede adoptar son infinitamente diversas. El ferrocarril, si funciona según lo previsto, es decir, sin transportes cruzados, sin almacenamiento estacional de mercancías, en definitiva, sin los elementos de la anarquía capitalista (pero el socialismo funcionará precisamente así), mediante una poderosa cadena vendrá a asegurar el suministro puntual de materias primas, combustible, material y personal a las fábricas. Lo mismo ocurre con los barcos,

los camiones, etc. Todo tipo de medios de comunicación se convertirán en medios de transporte dentro del sistema de producción, desde el punto de vista de la economía planificada en su conjunto. El propio oleoducto representa una especie de cadena para los líquidos. Cuanto más extensa sea la red de oleoductos, menos necesidad habrá de depósitos de reserva, menos petróleo se transformará en capital muerto.

El sistema de la cadena no presupone en absoluto que las empresas estén situadas juntas y muy cerca. Por el contrario, la tecnología moderna hace posible que se dispersen, no de forma caótica y accidental, sino teniendo en cuenta cuidadosamente la ubicación de cada planta en particular. La posibilidad de una amplia dispersión de las empresas industriales, sin la cual la ciudad no puede diluirse en la aldea y la aldea en la ciudad, está garantizada en gran medida por el uso de la energía eléctrica como fuerza motriz. El cable es el más perfecto transportador de energía, ya que ofrece la posibilidad de dividir la fuerza motriz en las unidades más pequeñas, listas para trabajar e interrumpirla simplemente girando un pomo. Debido a estas propiedades, el “transportador” de energía choca más fuertemente con las particiones de la propiedad privada. La electricidad, en su desarrollo actual, es la parte más “socialista” de la tecnología. Y sin duda: esta es su parte más avanzada.

El gigantesco progreso del sistema de suministro de agua y de drenaje del país es, desde este punto de vista, la cadena hidráulica de la agricultura. Cuanto más la química, la industria mecánica y la electrificación sean capaces de liberar a la agricultura de las garras de los elementos (asegurando así el perfeccionamiento de sus métodos), más se incluirá la agricultura actual integralmente en el sistema de la cadena socialista, que regulará y coordinará toda la producción, empezando por el subsuelo (extracción del mineral de carbón) hasta el suelo (arado, siembra de los campos).

A partir de la experiencia de la cadena, el viejo Ford intenta construir una especie de filosofía social. A partir de este intento exclusivo, vemos una combinación extremadamente curiosa, a una escala excepcionalmente grande; en el campo de la gestión de la producción o la intolerable estrechez del filósofo engreído que se ha convertido en multimillonario sin dejar de ser un simple pequeño burgués que ha hecho su fortuna. Ford dice “si quieres riqueza para ti y el bienestar de tus conciudadanos, haz como yo”. Kant pedía que cada persona actuara de tal manera que pudiera convertirse en la norma para los demás. En el sentido filosófico, Ford es kantiano. Pero en la práctica la “norma” para los 200.000 trabajadores de Ford no es el comportamiento de Ford, sino el ritmo de su cadena automática: define el ritmo de sus vidas, el movimiento de sus manos, pies e ideas. Para el bienestar de sus conciudadanos es necesario separar el fordismo de Ford, socializarlo y limpiarlo. Eso es lo que hará el socialismo.

“Pero ¿qué pasa con la monotonía del trabajo, la despersonalización, la ‘desespiritualización’ debida a la cadena de montaje?” (se interroga en una pregunta escrita que me entregaron). Esto no es un temor serio. Si se piensa y se discute esto hasta su conclusión, resultará en volverse contra la división del trabajo y contra la mecanización en general. Este es un camino reaccionario. El socialismo y la hostilidad a la mecanización no han tenido ni tendrán nunca nada en común. La tarea esencial, principal y más importante es acabar con la necesidad. El trabajo humano debe producir, en la medida de lo posible, la mayor cantidad de bienes. El pan, los zapatos, la ropa, los periódicos, todo lo que es necesario, debe producirse en cantidades tales que nadie tenga que temer que le falte. La necesidad debe ser abolida, y con ella la codicia. Hay que ganar la prosperidad y el ocio, y con ellos la alegría de vivir para todos. La alta productividad del trabajo es inalcanzable sin la mecanización, la automatización, la máxima expresión de lo que es la cadena. La monotonía del trabajo se verá compensada por la reducción de su duración y su creciente facilidad. Siempre habrá ramas de la industria en la sociedad

que requieran creatividad individual, y los que encuentren su vocación en un tipo de producción se abrirán paso allí. Lo que nos preocupa aquí es el tipo básico de producción en sus ramas más importantes, al menos hasta que una nueva revolución química y energética de la tecnología descarte la mecanización tal como la conocemos hoy. Pero dejemos eso para el futuro. Un viaje en una embarcación impulsada por remos requiere una gran dosis de creatividad personal. Un viaje en barco de vapor es más “monótono”, pero más cómodo y seguro. Además, no se puede cruzar el océano en un bote de remos. Sin embargo, debemos cruzar el océano de las necesidades humanas.

Es bien sabido que las necesidades físicas son mucho más limitadas que las psíquicas. La satisfacción excesiva de las necesidades físicas conduce rápidamente a la saciedad. Las necesidades psíquicas, en cambio, no conocen límites. Pero para que surjan las necesidades psíquicas, es necesaria la completa satisfacción de las necesidades físicas. Por supuesto, no podemos y no pospondremos la lucha por elevar el nivel espiritual de las masas hasta que ya no haya desempleo, niños abandonados y miseria. Hay que hacer todo lo que se pueda hacer. Pero sería una miserable y despreciable ensoñación imaginar que podemos crear una verdadera nueva cultura antes de asegurar la prosperidad, la abundancia y el ocio de las masas. Debemos controlar y controlaremos nuestro progreso mediante su reflejo en la vida cotidiana del obrero y del campesino.

La revolución cultural

Ahora creo que ya está claro para todos que la creación de la nueva cultura no es una tarea independiente y factible junto a nuestro trabajo económico y la construcción social y cultural en su conjunto. ¿Pertenece el comercio a la “cultura proletaria”? Desde el punto de vista abstracto, esta pregunta debe responderse negativamente. Pero el punto de vista abstracto no encaja. En la época de transición, y sobre todo en su fase inicial, en la que nos encontramos, los productos serán y seguirán siendo durante mucho tiempo la forma social de las mercancías. Y hay que saber aprovechar estos productos correctamente, es decir, negociarlos. De lo contrario, no podremos pasar de la etapa inicial a la siguiente. Lenin nos dijo: aprendan a vender, y nos recomendó seguir el modelo cultural europeo. La cultura del comercio es, como bien sabemos, el componente más importante de la cultura del periodo de transición. Si denominar “cultura proletaria” a la cultura del comercio del estado obrero y de las cooperativas, no lo sé. Pero que es un paso hacia la cultura socialista es indiscutible.

Cuando Lenin hablaba de la revolución cultural, veía en su contenido principal la elevación del nivel cultural de las masas. El sistema métrico es el producto de la ciencia burguesa. Pero enseñar al campesinado este sencillo sistema de medidas supone llevar a cabo una gran tarea cultural y revolucionaria. Es casi seguro que no lo conseguiremos sin la ayuda del tractor y la energía eléctrica. La base de la cultura es la tecnología. El instrumento decisivo de la revolución cultural debe ser la revolución tecnológica.

En cuanto al capitalismo, decimos que el desarrollo de las fuerzas productivas se basa en las fuerzas sociales del estado burgués y de la propiedad burguesa. Alcanzada la revolución proletaria, decimos: el desarrollo de las formas sociales se basa en el desarrollo de las fuerzas productivas, es decir, de la tecnología. Por este eslabón principal, que hemos captado, podemos llevar a cabo la revolución cultural, este eslabón es el de la industrialización, (y en absoluto los de la literatura y la filosofía). Espero que estas palabras no se entiendan en el sentido de una actitud maliciosa o irrespetuosa hacia la filosofía y la poesía. Sin el pensamiento teórico y el arte, la vida humana sería vacía y miserable. Pero, en efecto, así es ahora la vida de millones de hombres en un grado inmenso. La revolución cultural debe consistir en darles la posibilidad de acceder realmente a la cultura y no a sus miserables migajas. Pero esto es imposible sin la creación

de mejores condiciones materiales. Por eso, una máquina que fabrica automáticamente botellas es ahora para nosotros un factor primordial de la revolución cultural, mientras que un poema heroico es sólo un factor secundario.

Marx dijo una vez: “Los filósofos no han hecho más que *interpretar* de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de *transformarlo*”⁶ En estas palabras no había ninguna falta de respeto por la filosofía. Marx fue uno de los más grandes filósofos de todos los tiempos. Sus palabras sólo querían decir que el desarrollo futuro de la filosofía, como el de toda la cultura en general, material y espiritual, requiere una revolución en las relaciones sociales. Y por eso Marx, partiendo de la filosofía, llamó a la revolución proletaria, no contra la filosofía, sino precisamente a favor de ella. De la misma manera se puede decir ahora: es bueno que los poetas canten sobre la revolución y el proletariado, pero una poderosa turbina canta aún mejor. Tenemos muchas canciones de calidad media que siguen siendo propiedad de pequeños círculos, pero tenemos terriblemente pocas turbinas. No pretendo decir que la mediocridad del verso impida la aparición de turbinas. No, no se puede decir eso. Pero una correcta orientación de la opinión pública, es decir, la comprensión de la relación real de los fenómenos, el porqué y el cómo de las cosas, es absolutamente necesaria. La revolución cultural no debe entenderse de forma superficial, idealista o como algo que es objeto de pequeños grupos de estudio. Esta cuestión se refiere al cambio de las condiciones de vida, de los métodos de trabajo y de los hábitos cotidianos de un gran pueblo, de toda la familia de los pueblos. Sólo el potente sistema de tractores, por primera vez en la historia, permitirá al campesino enderezar su espalda; sólo una máquina sopladora de vidrio que produzca cientos de miles de botellas liberará los pulmones de los sopladores de vidrio de antaño, sólo una turbina de decenas o incluso cientos de miles de caballos de fuerza, sólo el avión accesible a todos, sólo todas estas cosas juntas asegurarán la revolución cultural, no sólo para una minoría, sino para todos. Y sólo una revolución así será digna de ese nombre. Sólo sobre esta base florecerá una nueva filosofía y un nuevo arte.

Marx dijo: “Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época; o, dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder material dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante.”⁷

Los pensamientos de la clase dominante son también, en cada época, los pensamientos dominantes. Esto es muy cierto en lo que respecta al proletariado, pero es muy diferente en lo que respecta a las otras clases. La burguesía, tras tomar el poder, aspira a perpetuarse. Toda su cultura se adaptó a ello. El proletariado, una vez conquistado el poder, debe esforzarse inevitablemente por acortar al máximo el período de su dominio, para acercarse lo más posible a la sociedad socialista sin clases.

La cultura de la moral

Vender de forma culta significa, en particular, no engañar, es decir, romper con nuestra tradición nacional en el acto de vender: “si no engañas, no vendes”.

La mentira, el engaño, no es sólo un defecto individual, sino una función del orden social. La mentira es un medio de lucha y, por tanto, surge de la contradicción entre intereses. Las contradicciones fundamentales surgen de las relaciones entre las clases. En realidad, puede decirse que el engaño es tan antiguo como la sociedad de clases. Ya los animales “engañan”, engañan en la lucha por la existencia. El engaño (la astucia militar) desempeñó un papel considerable en las tribus militares. Este engaño se deriva más o

⁶ Carlos Marx, *Tesis sobre Feuerbach*, en nuestra serie [Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional.](#), Tesis 11, página 2 del formato pdf.

⁷ Carlos Marx y Federico Engels, *La ideología alemana*, en nuestra serie [Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels \(OEME-EIS\)](#), página 28 del formato pdf.

menos directamente de la lucha zoológica por la existencia. Pero a partir del período llamado “civilizado”, es decir, desde la aparición de la sociedad de clases, la mentira se ha vuelto terriblemente compleja, se ha convertido en una función social, refractada a lo largo de las líneas de clase e integrada en la composición de las “culturas” humanas. Sin embargo, es un componente que el socialismo no incluirá. Las relaciones en la sociedad socialista o comunista, es decir, en su máximo desarrollo, serán completamente transparentes y no requerirán medios auxiliares, como el engaño, la mentira, la falsificación, la traición y la perfidia.

Sin embargo, aún estamos lejos de ello. En nuestras relaciones y en nuestras costumbres aún quedan muchas mentiras tanto originadas por la burguesía como por la servidumbre. La máxima expresión de la ideología de la servidumbre es la religión. Las relaciones de la sociedad de la monarquía feudal se basaban en la tradición ciega y se elevaban en forma de mito religioso. El mito es una interpretación imaginaria y falsa de los fenómenos naturales, las instituciones sociales y sus relaciones. Sin embargo, no sólo se engaña a las masas oprimidas, sino también a lo que se produjo en nombre de este engaño: los gobernantes, que en la mayoría de los casos creyeron en el mito y se apoyaron en él a conciencia. La ideología objetivamente falsa tejida a partir de supersticiones no significa que sea necesariamente una mentira subjetiva. Sólo en proporción a la complejidad de las relaciones sociales, es decir, en proporción al desarrollo del orden burgués, con el que el mito religioso se encuentra en una contradicción cada vez mayor, se convierte en la fuente de una trampa y un engaño deliberado cada vez mayores.

La ideología que ha desarrollado la burguesía es racionalista y está dirigida contra la mitología. La burguesía radical ha intentado levantarse sin religión y construir un estado basado en la razón, no en la tradición. Esto se expresó en la democracia mediante sus principios de libertad, igualdad y fraternidad. Sin embargo, la economía capitalista se creó con una monstruosa contradicción entre la realidad cotidiana y los principios democráticos. Para disfrazar estas contradicciones fue necesaria una mentira de primer orden. Esta mentira política no existe en ningún otro lugar que en la democracia burguesa. Ya no se trata de la mentira “objetiva” de la religión, sino de un engaño al pueblo organizado conscientemente por una combinación de métodos excepcionalmente complejos. La técnica de la mentira se cultiva nada menos que la técnica de la electricidad. La prensa más engañosa se encuentra en las democracias más “desarrolladas”, Francia y Estados Unidos.

Pero al mismo tiempo, y hay que admitirlo con franqueza, en Francia se comercia con más honestidad que aquí, y en todo caso con una atención incomparablemente mayor a las exigencias del comprador. Alcanzado cierto grado de prosperidad, la burguesía renuncia a los métodos estafadores de la acumulación primitiva, no por ninguna noción de moralidad, sino por razones materiales: el pequeño engaño, la falsificación, la estafa, dañan la reputación de un negocio y minan su desarrollo futuro, ser moral, se convierten en una regla moral, y la opinión pública vigila atentamente. De hecho, la guerra imperialista ha provocado cambios colosales también en este dominio, haciendo retroceder mucho a Europa del este. Pero los esfuerzos de posguerra para “estabilizar” el capitalismo han superado las peores manifestaciones del retorno al comercio primitivo. En cualquier caso, si se toma nuestro comercio soviético en su conjunto, es decir, desde la fábrica hasta el consumidor de la aldea remota, habrá que reconocer que seguimos comerciando de forma extremadamente menos culta que los países capitalistas avanzados. Es el resultado de nuestra pobreza, nuestra falta de bienes, nuestro atraso económico y cultural.

El régimen de la dictadura proletaria es tan irreconciliablemente hostil a la mitología objetivamente falsa de la Edad Media como al engaño consciente de la

democracia capitalista. El régimen revolucionario está sumamente interesado en exponer las relaciones sociales, no en ocultarlas. Esto significa que está interesado en la política real, en afirmar lo que es. Pero no podemos olvidar que el régimen de la dictadura revolucionaria es un régimen de transición y por lo tanto contradictorio. La existencia de enemigos poderosos nos obliga a recurrir a la astucia militar, y la astucia es inseparable de la mentira. Sólo es necesario que la astucia utilizada necesariamente contra nuestros enemigos no se utilice para engañar a nuestro propio pueblo, es decir, a las masas trabajadoras y a su partido. Esta es una condición fundamental de la política revolucionaria, que recorre como un hilo rojo toda la obra de Lenin.

Pero si bien nuestro nuevo estado y sus formas sociales crean la posibilidad y la necesidad de un mayor grado de apertura que el alcanzado hasta ahora, en las relaciones entre gobernantes y gobernados, no puede decirse todavía lo mismo del conjunto de nuestras relaciones en la vida cotidiana, sobre las que sigue pesando mucho nuestro atraso económico y cultural y, en general, toda la herencia del pasado. Vivimos mucho mejor que en 1920. Pero la falta de las cosas buenas necesarias para la vida sigue dejando su pesada huella en nuestra vida y nuestra moral, y seguirá haciéndolo durante algunos años. Esto da lugar a grandes y pequeñas contradicciones, a grandes y pequeñas desproporciones, y la lucha está ligada a estas contradicciones, y la astucia, la mentira y el engaño están ligados a esta lucha. Sólo hay una salida: la elevación del nivel tecnológico, tanto en la producción como en el comercio. Una correcta orientación en este sentido debe contribuir por sí misma a mejorar la “moral”. La interacción entre el mejoramiento de la tecnología y la moral nos hará avanzar en el camino hacia un orden social de cooperadores civilizados, es decir, hacia la cultura socialista.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es